

¡Dichoso dron!

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Hace unos días el prestigioso diario The New York Times publicaba una viñeta en la que aparecía un perro guía con la cabeza de Netanyahu y detrás un Donald Trump ciego con gafas negras. El escándalo entre el lobby judío fue tal que el periódico ha decidido suprimir este tipo de material gráfico en su edición internacional. Las protestas entre los colegas del dibujante y otros profesionales de la información no se hicieron esperar, por considerarlo un acto de autocensura que sólo cercena la libertad de expresión. Lo que se pretendía manifestar es el seguidismo de la Administración Trump respecto de los postulados de Israel. En otras palabras, cómo la política exterior de Estados Unidos está marcada más por los intereses israelíes que por los estadounidenses. Y es, en cierta medida, lo que estamos viendo con el tema de Irán. Trump siempre criticó el acuerdo nuclear firmado durante la presidencia de Barack Obama con el régimen de los ayatolas. Evidentemente, no lo ha leído. En este sentido, su ignorancia y su falta de atención son proverbiales. Por tanto, el rechazo del convenio respondía a su oposición frontal a Obama y a su clara cercanía al primer ministro israelí. Como éste lo había denunciado reiteradamente, Trump compró este discurso y lo llevó a cabo tras llegar a la Casa Blanca. En contra de la opinión de los otros firmantes (Rusia, China, Reino Unido, Francia y Alemania) y de los inspectores del Organismo Internacional de la Energía Atómica, que hasta ahora siempre han confirmado el compromiso de Teherán con los puntos suscritos en dicho tratado. De manera que la realidad es que el empeoramiento de la situación en Oriente Próximo tiene un único responsable: Donald Trump, que está siendo incapaz de hacer una política propia, no sujeta a Israel o, en su caso, a Arabia Saudí. El problema radica en que ésta tampoco es una característica exclusiva de la actual Administración, pues es prácticamente una constante de la política norteamericana en la región desde la creación del Estado de Israel en 1948. Sin duda, buena parte de la convulsa situación que allí se vive tiene su origen en esa decisión unilateral tomada en su día por Ben Gurión y sus seguidores.

Si en estos momentos hay dos países especialmente interesados en un enfrentamiento entre Estados Unidos e Irán, éstos son Israel y Arabia. El primero por razones políticas, mayormente. Piensan que, derrotando a los iraníes, se acabaría la financiación a Hamás y a Hezbolá e Israel podría vivir mejor y arrasarse sin apenas obstáculos la Franja de Gaza y el resto de la Palestina ocupada. El segundo porque, eliminado Irán del mercado internacional de crudo, podría aumentar su capacidad de producción de petróleo para continuar haciendo pingües negocios. Incluso, la derrota de Irán, dejaría a la casa de Saud campo libre para enseñorearse dentro del mundo musulmán, a expensas, eso sí, de Turquía, la otra gran potencia suní. ¿Pero a Estados Unidos le conviene realmente un enfrentamiento bélico con Irán? Yo diría que no. De hecho, algunos analistas comentan que si Trump no ha lanzado ya un ataque contra suelo iraní es porque la cadena Fox, su favorita, habría afirmado que la conflagración le privaría de su reelección. Y es que dudo que los ciudadanos estadounidenses estén por la labor de apoyar una movilización en una tierra hostil a miles de kilómetros de distancia, cuando aún guardan en su retina las imágenes del Vietnam o las más recientes de lo que aconteció en Irak. El envío de tropas de infantería a Irán generaría, a mi entender, una oleada de protestas considerable. Sobre todo, ante los primeros fallecidos. Puesto que una potencial invasión de Irán no sería un paseo militar. Persia no es un país aislado, sino que tiene como aliados a Rusia y China, que tomarían cartas en el asunto.

Aunque tampoco estoy diciendo que se implicarían directamente. Posiblemente su participación fuese de otra naturaleza.

Por consiguiente, en este contexto de confrontación, el incidente del derribo de un dron norteamericano por un misil iraní el pasado 20 de junio sólo responde a un juego de provocación y de propaganda. La presencia de un avión no tripulado de 108 millones de euros no fue debida a una prueba de aerodelismo. Según Washington, no violó el espacio aéreo iraní; según Teherán, sí y por eso fue atacado. Las pruebas deben ser contundentes cuando han decidido llevarlas a la ONU, buscando el aval de la comunidad internacional. Irán, lo han dicho sus dirigentes reiteradamente, tampoco desea iniciar la contienda con Estados Unidos, pero no va a permitir injerencias en su territorio. Al mismo tiempo, Teherán, ha revelado que, junto al dron, volaba otra nave espía, un Boeing P-8 Poseidón, con 35 tripulantes a bordo. También podía haber sido bombardeado, pero si no lo hizo, fue por medida, ya que un acto así se hubiese considerado muy grave. Esto significa que las autoridades iraníes han optado por la prudencia. Una prudencia de la que carecen políticos como John Bolton, asesor de Seguridad, y Mike Pompeo, el secretario de Estado, ambos del ala extrema de la Administración Trump y partidarios de llevar acciones directas contra Irán. Afortunadamente, según el magnate, diez minutos antes del lanzamiento de misiles contra bases militares iraníes detuvo la operación por la probable muerte de 150 personas. Versión desmentida por el Pentágono por inverosímil. Dejando de lado los comentarios de la Fox, tal vez todavía haya generales sensatos en Estados Unidos como para aconsejar al multimillonario de las terribles consecuencias que se derivarían de una guerra contra Irán. Mientras, aumento de las sanciones para ganar tiempo en una hipotética negociación.

24 de junio de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 30 de junio de 2019, p. 32